

ques, salvo que era mucho mas elevada por la parte de la frente, la cual con el cogin de terciopelo que la sostenia, y la tiara bordada que la forraba de la parte interior, formaba el emblema de la soberania de Inglaterra. Junto á estas insignias, y como en señal de defensa del símbolo real, se veia la ponderosa maza de armas, que solo un brazo como el de Corazon de Leon podia sostener y manejar.

En otra division de la misma tienda, estaban de guardia dos empleados de la servidumbre del rey, desalentados, ansiosos é inquietos por la salud de su dueño, y no menos temerosos de sus propios peligros, si llegaba á faltarles su apoyo. Las mismas tristes aprensiones reinaba en los guardias exteriores, los cuales se paseaban taciturnos y pensativos, ó se sostenian inmóviles en las alabardas, mas bien como trofeos armados, que como guerreros dotados de vida y movimiento.

— ¿Y no tienes mejores noticias que traerme de afuera? preguntó el rey á De

Vaux, despues de un largo y agitado silencio, y de la afanosa inquietud, que producía la fiebre, y que hemos procurado describir. Nuestros guerreros se han tornado mugeres, y nuestras damas se han tornado monjas, y ni una sola centella de valor ni de galantería anima el campamento que encierra la flor de lo caballería europea.

— La tregua, señor, respondió sir Tomas con la misma paciencia con que cien veces antes habia dado la misma explicacion, en respuesta á la misma pregunta, la tregua nos ata las manos, y nos impide llevar las huestes al campo de batalla: y en cuanto á las damas, poco se me alcanza de lo que las atañe, porque ya sabe vuestra magestad que rara vez trueco el acero y la gamuza por el terciopelo y el oro; pero segun tengo entendido, las principales damas de la corte acompañan á la reina y á la princesa, en su romería al santuario de Egaddi, segun el voto que ambas hicieron por el recobro de la salud de vuestra magestad.

— ¡Y es posible, repuso el monarca, lleno

de enojo y desagrado, que las matronas reales y las nobles doncellas de la corte de Inglaterra, se expongan á caer en manos de esos perros que ocupan las cercanías, tan infieles á Dios, como desleales y pérfidos para con los hombres.

—No haya miedo, respondió De Vaux: la palabra del soldan Saladino les basta para seguridad de sus nobles personas.

—Razon tienes, dijo Ricardo, y confieso que he hecho injusticia al pagano. Débole reparacion por tamaña ofensa. Pluguiese al cielo que me viera yo en aptitud de dársela con mi brazo y cuerpo á cuerpo, en presencia de los dos ejércitos, cristiano y musulman.

Y diciendo estas palabras, sacó del lecho el brazo desnudo hasta el hombro, é incorporándose penosamente agitó el puño cerrado, como si manejase el acero, ó la maza de armas, y con ella amenazase al espléndido turbante de Saladino. Fué necesario que De Vaux, con suave violencia, que de otro ninguno hubiera sufrido el monarca, le ayudase

á colocarse de nuevo en el lecho, y á cubrirse el hombro y el brazo, con el esmero y afan de una madre afectuosa para con su hijo querido.

—Mal haces el oficio de enfermero, aunque no te falta la buena voluntad, dijo Ricardo, lanzando una amarga sonrisa, y sometiéndose mal de su grado á la violencia que no podia resistir. La cofia sentaria tan bien en tus ásperas facciones, como en las mias la chichonera de un niño de pecho: buen par de fantasmas para espantar muchachos.

—Hartos hombres hechos hemos espantado, respondió sir Tomas, sin contar los que hemos de espantar todavía. ¿Qué monta una calentura? Lo mejor que puede hacerse es sufrirla con paciencia, para desembarazarse mas pronto de ella.

—¡Calentura! exclamó Corazon de Leon; basta que la calentura me haya postrado á mí solo; mas ¿súfrenla acaso tambien todos los otros caudillos del ejército de los cruzados? ¿Estan acaso dolientes Felipe de Francia, el panzudo de Austria, el de Monserrate, los

hospitaleros y los templarios? ¿Qué es de todos ellos? Dígame, sir Tomas, que es una fria parálisis, un letargo de muerte, una dolencia que los priva de palabra y acción, un cáncer que roe el corazón de todos los nobles, de todos los caballeros, de todos los virtuosos; y no ya merecen estos dictados sino los de falsos é infieles al voto mas heróico que pronunciaron jamas labios de hombre; indiferentes á su fama, y olvidadizos de su Dios.

— Por el que está en los cielos, dijo sir Tomas, que no tomeis tan á pechos lo que pasa. Pueden oiros de afuera, y ya semejantes pláticas andan entre los soldados, sembrando discordia y descontento en las huestes cristianas. Vuestra enfermedad las priva de alma y de vigor, y mas fácil será manejar un potro de Arabia sin brida, que llevar el ejército á la victoria, si no le guía Ricardo de Inglaterra.

— Me adulas, dijo Ricardo, el cual, como todos los otros hombres, era sensible á la voz de la alabanza, y algo mas suavizado, se reclinó en la almohada con mayor docilidad

que la que hasta entonces habia manifestado. Pero Tomas de Vaux no era palaciego; lo que habia dicho le salia espontáneamente del corazón, y no sabia proseguir hablando del mismo asunto, para prolongar la serenidad que habia despertado en el ánimo del rey. Mantúvose callado, hasta que este saliendo de su distracción le llamó de pronto, y le dijo: «Figúraseme que has usado de blandas palabras, solo para adormecerme; pero ¿quién habrá que mire con paciencia á una liga de monarcas, á una bandada de nobles, á una congregación de toda la caballería de Europa, detenidas y como amilanadas por la enfermedad de un hombre solo, aunque este acierte á ser el rey de Inglaterra? ¿Basta la calentura de Ricardo, basta su muerte á detener la marcha de treinta mil soldados, que no le ceden en valor? No porque caiga herido el siervo que dirige la manada, se dispersan y huyen los otros; la bandada de grullas no se separa porque el halcón arrebatara á la que hace punta. ¿Qué razón hay para que no se junten los caudillos y nom-

bren al que ha de llevar la voz de mando?

— Ya se habla de eso en el ejército, respondió sir Tomas, y ya andan rumores de que los gefes van á reunirse con este propósito.

— ¡ Ah! exclamó Ricardo; cuyos celos se despertaron al oír esta noticia, exasperando mas y mas la irritacion que le aquejaba. ¿ Cuéntanme en nada mis aliados, antes de tomar el viático? ¿ Créenme muerto? Pero no: razon tienen. ¿ Y quién será el que mande las tropas?

— Por su dignidad y gerarquía, respondió De Vaux, tócale este puesto al rey de Francia.

— Que me place, dijo Ricardo, Felipe de Francia y de Navarra, Dionisio Montjoie, su magestad cristianísima: palabras son estas que llenan la boca. Solo temo que se equivoque al mandar un ataque, y que en lugar de decir *en avant*, diga *en arriere*, y os lleve á todos á Paris, en vez de marchar á Jerusalem. Es hombre de sana y generosa política, y mas ventajas halla en oprimir á sus feudatarios y saquear á sus aliados y vecinos, que

en pelear contra Turcos por el sepulcro de Cristo.

— Pueden nombrar al archiduque de Austria, dijo sir Tomas.

— Y tendrán, contestó Ricardo, un gefe barrigudo, tan duro de cabeza como tú mismo, aunque no con tu serenidad, en los peligros, ni tu paciencia en los trabajos. Dígote que Austria es una masa apelmazada de carne, sin mas estímulo que el que puede dar la picadura de una abeja, y sin mas valor que el de una gallina. ¡ Qué campeon para ponerse á la cabeza de los caballeros y conducirlos por el camino de la gloria! Mas le conviene un jarro de vino del Rin, para beberle en compañía de sus flecmáticos lanceros.

— Ahí está el gran maestre de los templarios, continuó el baron, deseoso de distraer la atencion de su amo, de los males que padecia, aunque á expensas de la reputacion de los príncipes y potentados. Ahí está el gran maestre de los templarios, intrépido, astuto, bravo en el campo, sabio en el consejo, sin reinos ni dominios que le alejen y

distraigan de la conquista de la tierra santa.

— Fuera de ver, dijo Ricardo : y cierto es que el hermano Gil Amaury entiende el órden de batalla y sabe pelear de frente al principio de una accion. Pero ¿será justo tomar la tierra santa de manos del soldan Saladino, en quien no faltan virtudes con las que podria honrarse mas de un cristiano, y dársela sin mas ni mas á un Gil Amaury, á un pagano mas pagano que Saladino, á un idólatra sectario del demonio, á un nigromante, que practica las artes negras y diabólicas, en las bóvedas y secretos escondrijos de las tinieblas y la abominacion ?

— El gran maestre de los hospitaleros de San Juan de Jerusalem, dijo sir Tomas, no tiene un borron en su fama, y no se le echará en cara el crimen de magia ni de heregía.

— No por cierto, respondió el rey, pero es un alma sórdida y mezquina, capaz de todo, si se le ofrece un puñado de oro. Sospechas ha habido.... ¿qué digo sospechas? pruebas innegables de haber el tal maestre vendido á los infieles ventajas que nunca hu-

bieran podido ganar por sus puños. Valiera mas poner el ejército en manos de un corredor veneciano, ó de un buhonero lombardo, que confiarle al gran maestre de San Juan.

— Pues entonces, dijo De Vaux, yo nombraré á otro, y veremos lo que vuestra magestad opina. ¿Qué os parece del marques de Monserrate, tan avisado, tan galan, tan cumplido hombre de armas ?

— ¡Avisado ! exclamó el rey : súlil y artificioso podrás decir, y tendrás razon; galan y cumplido en el tocador de una dama. Conrado de Monserrate es un pisaverde, y nada mas; un político versátil que tan amenudo cambia de propósito, como de galas y arreos. ¡ Hombre de armas ! Sí : no hay duda, bien se presenta á caballo en el palenque y en las barreras, cuando estan ociosos los aceros, y las lanzas llevan bolas de madera en lugar de picas de acero. ¿No estabas tú conmigo cuando le dije en cierta ocasion : aquí somos tres buenos caballeros cristianos, y allí abajo se descubre una partida de sesenta Sarracenos? Tocamos á veinte por barba, ¿Vamos á ellos ?

— Acuérdomé del lance y del marques, dijo sir Tomas, y de cuando respondió que sus miembros eran de carne y hueso, que no de cal y canto, y que mas le acomodaba tener corazón de hombre que de bestia, aunque esta fuera un leon. Pero ya veo que hemos de venir á parar por donde empezamos, y que no hay esperanza de recobrar el santo sepulcro hasta que recobre la salud el rey Ricardo.

Al oír esta grave observacion, Ricardo soltó la primera carcajada de risa que se le habia oído durante el curso de su enfermedad. « ¡ Lo que es la conciencia! dijo, aunque le sirva de órgano una cabeza tan desatinada como la tuya, es parte á que confiese su locura toda un rey de Inglaterra. Lo cierto es que si no se tratara de ocupar mi puesto, y de llevar á cabo la gloriosa empresa á que he consagrado mi vida, no seme daria un bledo de todos esos afeitados mozalvetes que me has ido nombrando. Pero debo confesarte mi flaqueza y mi ambicion. Caballeros hay en los reales del ejército de la cruzada, mas cum-

plidos, sin duda, que Ricardo de Inglaterra, y seria prudente y oportuno señalar al mas digno de ellos, para que pudiese capitenear las huestes de Cristo; pero, y al pronunciar estas palabras se incorporó enérgicamente, centelleándole los ojos como solia hacerlo antes de entrar en accion, si hubiera un caballero osado lo bastante para plantar la bandera de la cruz en el templo de Jerusalem, hallándome yo, como me hallo en el dia, privado de tomar parte en tan heroica empresa, tan pronto como me fuera dado poner la lanza en ristre, tendria que acudir á mi reto, y lidiar conmigo en combate de muerte, por haber menoscabado mi fama: y adelantado el cumplimiento del término y fin de todos mis deseos. Mas ¿ qué trompetas son estas que se oyen á lo lejos?

— Las del rey Felipe, segun creo, dijo el baron.

— No es muy fino tu oído: replicó el rey, alzándose con precipitacion. ¿ No oyes el alboroto de todo el campamento? Los Turcos son, por vida mia.

Quiso arrojarse del lecho, y De Vaux tuvo que emplear toda su fuerza para impedirlo, llamando á los gentileshombres que estaban en la pieza inmediata, á fin de que le ayudasen á sujetar al rey.

— Eres un falso traidor, le dijo este viéndose obligado á ceder á la fuerza: quisiera tener bastante vigor para manejar mi maza, y aplastarte los sesos con ella.

— Tuviérades, dijo el baron, todo el vigor que la enfermedad os ha quitado, y mas que la emplearais en contra mí, que la cristiandad perderia poco con mi muerte y harto ganaria con vuestro restablecimiento.

— Eres un honrado y fiel servidor, dijo el rey presentándole la mano, que De Vaux besó con profundo respeto. Perdona mi impaciencia, y no creas que es tu buen amo quien se enoja, sino la fiebre que le molesta: pero anda, por Dios, y tráeme noticias de esos extranjeros, que han entrado en mis reales, porque los alaridos que estoy oyendo no son de cristianos.

De Vaux salió de la tienda, para desempe-

ñar el encargo que el rey le habia confiado, dando á los pages y gentileshombres el de atender cuidadosamente á su soberano, y amenazándolos con la mayor severidad si faltaban á sus instrucciones, lo que bastaba para que le obedeciesen con puntualidad, porque despues de los repentés é iracundos ímpetus de Ricardo, nada temian tanto como la inexorable severidad del señor de Gilsland.